

*Vicente Guarner: Esófago normal y patológico.*  
U.N.A.M., 1983 . Biblioteca de Ciencias.

Resulta muy agradable leer un texto que, en verdad, pueda calificarse de excelente, en el fondo y en la forma. El Dr. Guarner ha dedicado gran parte de su fecunda vida profesional a un tema aparentemente limitado: el estudio del esófago, “órgano problemático que representa un desafío para el cirujano dedicado a obtener un diagnóstico e instituir un tratamiento adecuado de sus muchas alteraciones patológicas”, según palabras del jefe de Servicios Quirúrgicos del Hospital Hotel-Dieu de Montreal y profesor de la Universidad. Es osado atreverse a un estudio que abarca no sólo el aspecto quirúrgico —ya de por sí un desafío— sino un conocimiento completo del órgano, su fisiología y patología tanto dinámica como estructural. Cuando la esofagitis, según el mismo autor, “sigue siendo uno de los problemas más difíciles”, Guarner lo aborda y lo presenta en toda su amplitud y profundidad. Y brinda soluciones, en gran parte aportaciones personales.

Un viejo maestro querido decía que había cirujanos “de mano” y cirujanos “de cerebro”, es decir, quienes sobresalían por su habilidad técnica, y quienes “operaban pensando”, o sea, los que no olvidaban la fisiología y la fisiopatología, sin las cuales la labor quirúrgica, aunque de gran importancia, no podía satisfacer el espíritu. El Dr. Guarner logra la feliz síntesis de “la manera de trabajar el esófago” con la presentación detallada de cómo abordarlo y tratarlo. Durante años ha experimentado en animales y ha culminado con técnicas de cirugía humana que llevan su nombre. Es decir, es cirujano “de manos y de cerebro”. El reconocimiento es explícito en los prólogos del profesor Skinner de Chicago y del maestro Bernardo

Sepúlveda. Nosotros añadiríamos la satisfacción que produce la aportación de un autor mexicano con una obra que “ha logrado admirablemente presentar los trastornos y las funciones normales del esófago, brindando una obra que será gozada y utilizada muy frecuentemente”, según las palabras del especialista extranjero.

La obra se divide en seis partes. La primera expone los datos históricos y la evolución de conocimientos sobre esófago. La lectura es muy agradable, la sintaxis perfecta, el contenido lleno de sugerencias y remembranzas. Por algo Guarner es Presidente de la Sociedad Mexicana de Historia y Filosofía de la Medicina. Siguen anatomía y fisiología del órgano. Sería procedente que algunos textos de fisiología recogieran los datos personales y experimentales que ahí se aportan, por claros y completos. Aquí, el cirujano completo, “de manos y de cerebro”, amante de la historia, que domina varios idiomas, cita la Ley de Laplace con riqueza de detalles. Esto es desacostumbrado en una obra de tipo técnico, pero enriquece e invita a la lectura incluso al no profesional. La segunda parte estudia los medios diagnósticos disponibles para el médico. Las técnicas ultraespecializadas —que todavía son promesas y que estarán al alcance de los profesionistas hasta dentro de años— no son objeto de una exposición teórica que resultaría repetición de fragmentos de trabajos dispersos, hoy por hoy sin realidad clínica ni aplicación práctica. En la tercera parte se ocupa de la patología esofágica del recién nacido; se resumen muy bien las anomalías congénitas. La cuarta parte, que el autor califica de patología funcional, es la más extensa; son notables las muchas ilustraciones personales. El criterio de la dinámica integrada a la morfología —la vieja anatomía y la más joven fisiopatología— se manifiesta en forma muy clara como el clima, el espíritu de toda la obra.

La quinta parte se dedica a problemas agudos y urgencias esofágicas. La última, a tumores benignos y malignos. En todas se percibe el anhelo de —según las palabras del propio autor— “enseñar, sintetizar y simplificar”. Y la labor de sintetizar simplificando es de las más arduas que existen; requiere dotes innatas y dedicación sin límites. Creemos que Guarner logra debidamente tal propósito.

Que un cirujano se ocupe del ácido AMP cíclico, de las prostaglandinas, de los polipéptidos pancreáticos e intestinales, es poco común. Satisface mucho comprobar que nuestros cirujanos son, ante todo, médicos en el más amplio sentido de la palabra. Que no emplean la cimetidina casi empíricamente, sino que se interesan por conocer bien las bases fisiológicas, fisiopatológicas y farmacológicas de sus acciones, para saber cuándo y cómo enfocar el tratamiento antes de recurrir a la intervención quirúrgica.

La obra, de 348 páginas, lleva 193 figuras, la mayor parte del autor. La bibliografía, hasta la década actual, incluye autores de todas partes del mundo y da testimonio de las aportaciones mexicanas; para quienes más interés tengan, incluye los textos de la medicina clásica desde el siglo XVII.

El texto es de indudable utilidad, tanto como fuente de estudio como de presentación de técnicas y aplicaciones actualizadas y ampliamente comentadas.

El firmante tuvo el privilegio de conocer al autor en sus mocedades, y al leer diversos párrafos de su pluma evoca con respeto y cierta emoción el medio familiar, el ambiente de gran riqueza intelectual, eficiencia y responsabilidad en el que se formó. Felicitamos al Dr. Guarner por su trabajo, por honrar la medicina mexicana, y por la trayectoria que ha seguido de labor tesonera, ininterrumpida y digna, eco de sus mayores. Ojalá surjan discípulos que sigan su ejemplo. México necesita obras como ésta y profesionales como el autor.

*A. Folch Pi*

*Mario Alva Rodríguez y Aurelio Núñez Salas.*  
**Atlas de medicina forense.** Un tomo de 25x19 cm, 140 pp. Empastado a color. Ed. Trillas, octubre, 1984.

Una fotografía dice más que muchas palabras, y si se le acompaña de una leyenda breve y explicativa se convierte en un elemento didáctico de gran valor. Este es el caso del *Atlas* de esta nota bibliográfica.

Se trata de un libro que introduce a los procedimientos corrientes en medicina forense; van desde el levantamiento del cadáver y su identificación, hasta la investigación fina, minuciosa que hace el médico forense sobre causas y circunstancias de la muerte.

A los ojos del profano, esta obra aparece como un libro impresionante, no así para el médico, y especialmente para el que trabaja en el área forense o piensa introducirse al conocimiento de ella, constituye un documento valioso que lo acerca a la realidad. Si quienes practican en ocasiones autopsias legales en ausencia de un forense, estudian este libro, encontrarán gran orientación y sobre todo motivación intensa para profundizar en esta disciplina que cada vez cobra, por desgracia, mayor importancia.

Se adivina que los autores dispusieron de gran experiencia y material abundante; supieron hacer una cuidadosa y atinada selección que permitió integrar esta obra, que desde su cubierta muestra una concepción dinámica de esta actividad.

Merece mención elogiosa el formato de la obra que al ser estudiada conduce al lector como por una galería, por un museo que infortunadamente, hay que repetirlo, se hace necesario en nuestra época.

*F. Carlos de la Vega Lezama*

*Federico Ortiz Quesada: Salud en la pobreza. El proceso salud-enfermedad en el Tercer Mundo.* México, Editorial Nueva Imagen. Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo, 1982. 96 pp.

La literatura sobre el tema no es escasa, sin embargo *Salud en la pobreza* es un libro interesante en el que se dan a conocer datos recientes, verdaderamente alarmantes, sobre la situación económica, social y sanitaria que priva

en las naciones conocidas como integrantes del Tercer Mundo.

La salud ha sido definida por la Organización Mundial de la Salud como un estado completo de bienestar físico, mental y social, y no sólo como la ausencia de afecciones o enfermedades; pero es necesario considerarla como un proceso en cambio constante, en el que intervienen en forma determinante las condiciones socio-económicas e históricas. Aunque este hecho se conoce desde la antigüedad, se le ha concedido poca atención, ya que la enfermedad se ha interpretado como un fenómeno biológico individual, desligado de su causalidad social y psíquica. En realidad la presencia de la enfermedad es un reflejo del modo en que el hombre se relaciona con la naturaleza a través del trabajo, la cultura, la técnica y la sociedad. La salud, por tanto, está en estrecha relación con los diversos aspectos que conforman la vida individual y social de un país, y es el resultado de la manera como el hombre se inserta en el aparato productivo. Para hablar del concepto salud-enfermedad de un país, es necesario poner en evidencia su problemática social, económica y política.

Con frecuencia se lee o escucha sobre la enfermedad y muerte de miles de seres humanos como víctimas de la miseria y del hambre. Estas denuncias culpan al sistema socio-político que permite unas veces, y propicia otras, tales ofensas contra la humanidad. El hombre medio se limita a observar, a ser un simple espectador pasivo que no ha vivido las angustias del hambre, la miseria y el dolor que sufren los marginados sociales.

Cuando se discuten estos temas, surge generalmente una pregunta que a fuerza de repetirse termina por volverse una excusa: "¿Y nosotros qué podemos hacer?" Se encogen de hombros y cierran los ojos ante la realidad, negando así una respuesta honesta cuyo contenido habría de enriquecer los buenos propósitos para mejorar las circunstancias que prevalecen y dan ocasión al problema. Afrontar éste, sería mostrar el sentido de responsabilidad que el hombre debe tener acerca de su propia vida y la de los demás, pues ésta no depende exclusivamente de él, sino de la forma como se relaciona con la naturaleza y con su sociedad. El es parte viva y actuante dentro de ese contorno; por ello no

puede declararse sano quien por tener la suerte de poder satisfacer sus necesidades básicas, se olvida de sus congéneres que viven en extrema pobreza, como tampoco está sano el obrero que respira un aire contaminado por cualquiera de las sustancias tóxicas al organismo, aunque porte un aspecto rozagante y vigoroso. El primero estará afectado de egoísmo, de una grave deshumanización; el segundo se estará minando minuto a minuto por la incorporación de agentes nocivos a su medio interno. El primero estará afectado en la mente, y el segundo en su cuerpo.

Sin embargo, es normal presenciar, a nivel colectivo, una gran indiferencia, una pasividad deprimente respecto a las dolencias que se sufren con regularidad en el Tercer Mundo; actitud que revela una alienación franca, que se manifiesta en la respuesta a algunos hechos cotidianos. En 1981 la sociedad presenció, azorada hasta la indignación, el intento de asesinato de dos de sus líderes: Reagan y el Papa; la reacción fue pronta, casi automática: se pidió el castigo de inmediato. No obstante, llama la atención que no se produjera una respuesta semejante cuando el secretario general de las Naciones Unidas denunció el 11 de mayo de ese año, en Montevideo, que "850 millones de personas viven en el mundo al margen de la existencia, soportando hambre y enfermedades, y sin hogar ni empleo".

En el primer caso, la sociedad fustigó a los agresores, los señaló a gritos en la vehemencia de su protesta, los acusó de extremistas dementes. En el segundo, apenas si mostró una presencia enmudecida ante la agonía latente de cientos de miles de seres humanos que inexorablemente habrían de morir.

Una explicación a la diferencia de respuestas podría ser el significado que socialmente poseen el presidente de Estados Unidos y el Papa, por un lado, y un habitante marginado, por el otro. Al respecto el autor escribe: "En la primera consideración uno de los personajes no sólo representa sino apunala y sostiene los intereses de los grandes clanes económicos y militares, y el otro personifica el símbolo del poder de Dios sobre la Tierra; en tanto, en la segunda, los marginados sociales en el capitalismo, al representar únicamente sus propios intereses, re-

sultan ser entes improductivos, se encuentran desnudos y son impotentes". La indignación general por el atentado contra el Papa, frente a la indiferencia casi total ante la muerte de millones de seres humanos, revela la poca preocupación que el hombre tiene por sí mismo.

Las causas de muerte de la población de los países pobres no representa problema para la ciencia médica; las enfermedades infecciosas, respiratorias y gastrointestinales —típicas de estos sectores— son susceptibles de combatirse, en su gran mayoría, por medio de algún tratamiento antibacteriano.

Cuando se comparan los índices de mortalidad en varios países, se observa que en los desarrollados, las enfermedades infecciosas no están comprendidas entre las cinco primeras causas de muerte, y que en los países del Tercer Mundo, éstas son comparables cuantitativamente a la importancia que tenían en Estados Unidos en 1900.

Esas diferencias estadísticas se observan también entre las clases sociales de una misma nación. Un buen ejemplo de esto es la amibiasis, que entre los pobres de México es 30 veces más frecuente que en otros estratos. En la República Mexicana, de cada 100 enfermos que padecen tuberculosis, 60 son campesinos, 30 obreros no calificados y 10 obreros calificados, estudiantes, comerciantes o profesionistas.

La situación de los países del Tercer Mundo es preocupante: 850 millones de personas viven en condiciones de pobreza extrema, con ingresos tan bajos que no bastan para procurarse una nutrición adecuada; de ellos, 450 millones disponen de menos comida que la necesaria para sobrevivir, y alrededor de 300 millones de adultos están desempleados. Esta situación, ya de por sí grave, tiende a acentuarse si se considera el crecimiento demográfico. En 1970 la población mundial era de 3 600 millones, cantidad que excedió los 4 mil millones en 1977; la mayoría de los países pobres registran incremento poblacional de más del 2% anual, lo que indica que habrán de duplicar el número de sus habitantes en 30-35 años. Como resultado, se agravará el déficit alimentario que incide en el proceso salud-enfermedad; aumentará la disparidad entre los habitantes urbanos y rurales, lo que a su vez acentuará las diferencias econó-

micas y sociales y, de continuar esta tendencia, la mortalidad será aún mayor que la actual entre las clases más desvalidas.

Un indicador de la salud es el promedio de longevidad; en los países desarrollados varía entre 70 y 74 años, y en el Tercer Mundo es de 54. Estas cifras expresan con elocuencia la disparidad entre ricos y pobres, desigualdad que se muestra entre las clases sociales de una misma nación. En México se comprobó, según un estudio efectuado en 1969, que los menesterosos que acudían al Hospital General para su atención, tenían al morir, en promedio, 42 años.

Aproximadamente la cuarta parte de la población mundial sufre deficiencias físicas, mentales y sensoriales. El 75% vive en el Tercer Mundo y se estima que para el año 2000 la cifra aumentará a 80%, ya que el incremento anual de estos padecimientos en las naciones desarrolladas es de 0.74%, mientras que en el Tercer Mundo es de 2.56%. Una vez más la causa es el hambre, las enfermedades infecciosas y parasitarias. Así, a la multitud de desempleados debe añadirse un contingente de inempleables, por su grave deterioro físico y mental.

Ahora bien, ambos grupos conforman el ejército de reserva del que dispone el sistema capitalista para funcionar y sobrevivir. En efecto, en el modo de producción capitalista al trabajador se le considera un "recurso humano", pues se le valora según su capacidad de producir. El desempleado integra un ejército industrial de reserva que también pertenece al capital, pues acaba por brindarle el material humano dispuesto a ser utilizado en la producción. En estas circunstancias, la masa de empleados no puede separarse de la de desempleados, pues el desempleo es una condición necesaria del modo de producción capitalista. Es fácil advertir que bajo estas circunstancias los países pobres, donde la mayoría de la población económicamente activa está desempleada, subempleada o marginada, presten poca atención al cuidado de la salud del ser humano, pues si a éste lo conciben como recurso, dicha atención está de más.

Federico Ortiz Quesada señala los objetivos de su libro *Salud en la pobreza* en los siguientes términos: "Este estudio, al mismo tiempo que pretende comunicar una experiencia personal, intenta llamar la atención acerca del destino de

los seres humanos que sufren hambre y enfermedad, que esperan la muerte por estar lesionados en su salud, no por enfermedades raras o frente a las cuales la medicina se encuentre impotente, sino que están afectados por padecimientos conocidos y fácilmente previsibles mediante acciones sanitarias que se vinculen estrechamente a las condiciones normales de vida. La salud revela con claridad la forma en que vive y se desarrolla una población”.

*Anselmo Marino Flores*

*Emile Marcault y Teresa Brosse: L'Education de demain.* Ed. Adyar París.

Aunque el título del libro parece orientado hacia el área de la enseñanza, su enfoque, de acuerdo al subtítulo, *Biología del espíritu y sus aplicaciones pedagógicas*, va dirigido especialmente a biólogos, médicos y antropólogos.

En este trabajo, Marcault y Brosse estudian la evolución del organismo humano señalando que el periodo que corresponde a la formación del hombre es tan independiente del mundo animal que nos permite comprender cómo el hombre se incorpora al mundo histórico de la humanidad. A través del libro se puede constatar la continuidad armónica de un proceso evolutivo que se inicia en la célula primitiva y termina en una sociedad.

El prefacio del profesor Ch. Laubry nos advierte que la pedagogía no puede limitarse a transmitir cultura y nada más. Debe exigir además la educación de la conciencia individual y la adquisición de nuestra supremacía singular. El hombre debe tener facultades superiores para adquirir todo lo que reclama el grupo social que va a integrar.

Los autores aclaran en su introducción que la “biología del espíritu” no trata de un ente misterioso de naturaleza metafísica (de los que antaño se colocaban en el campo de lo religioso) sino de una realidad psicobiológica.

Esto concuerda con las consideraciones del eminente físico Erwin Schrodinger, premio Nobel 1933, expuestas en su libro *¿Qué es la vida?*, edición Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1974. En la pág. 116 nos dice:

“i) Mi cuerpo funciona como un mecanismo puro de acuerdo con las leyes de la Naturaleza.

“ii) Sin embargo, yo sé que estoy dirigiendo mis movimientos, cuyos efectos preveo, y cuyas consecuencias pueden ser de máxima importancia. Es por esto por lo que me siento enteramente responsable de mis actos.

“Mi conclusión final es que yo controlo el ‘movimiento de los átomos’, de acuerdo con las leyes de la Naturaleza.”

La afirmación de Schrodinger viene a decirnos que el pensamiento (cuya naturaleza es desconocida) actúa sobre la materia.

Marcault y Brosse estudian cómo surge la entidad humana a partir del proceso evolutivo, qué leyes lo regulan y por qué, a pesar de carecer de un centro perceptible en el organismo, debemos reconocer su existencia; existencia que, en forma decisiva y rotunda, pone de manifiesto Schrodinger en su exposición *¿Qué es la vida?*

En otro pasaje del mismo libro, págs. 118 y 119, Schrodinger nos dice:

“Esta hipótesis conduce casi inmediatamente a la invención de almas, tantas como cuerpos, y al problema de si ellas son mortales como el cuerpo, o bien inmortales y capaces de existir por sí mismas. Preguntas mucho más tontas se han hecho. ¿Tienen alma los animales? Hasta se ha llegado a preguntar si las mujeres o sólo los hombres poseen almas”.

Meditando estos puntos cada uno de nosotros adquiere la impresión de que la suma total de su propia experiencia forma una unidad muy distinta de la del “otro”, y nos referimos a ella con la palabra “yo”.

¿Qué es ese “yo”?

Con este objetivo, Marcault y Brosse estudian las bases fisiológicas y psicológicas del organismo humano poniendo en evidencia que una unidad estructural y una unidad funcional las rige a través de las leyes de integración para la primera y de subordinación para la segunda.

La ontogenia es la ciencia que estudia el desarrollo del individuo humano a partir de la fecundación del óvulo.

La filogenia enfoca el desenvolvimiento de las especies desde la aurora de la vida hasta nuestros días.

Ambas revelan una ley de integración que

caracteriza el desenvolvimiento cada vez más complejo de las series biológicas.

Apoiados en la recapitulación de Hackel podemos aceptar que si la ley de integraciones sucesivas rige TODA la evolución biológica, también debe dirigir la formación del yo individual, última etapa evolutiva donde hemos de encontrar la culminación final del hombre superior.

Obsérvese, insisten los autores, que es el yo humano quien recurre a las actividades psico-fisiológicas de todo orden e integra todos sus efectos; dicho en otros términos, hay una integración funcional que atestigua la presencia de una integración estructural.

La fisiología, al estudiar esos niveles elaborados sobre la evolución filogénica, descubre las mismas integraciones bajo formas de unidades funcionales. También en el aspecto dinámico se llega a un nivel superior a partir de un núcleo fundamental. La ley de la unidad funcional es de subordinación y es tan dominante como pueda serlo la ley de integración estructural.

Desde el punto de vista de niveles estructurales, el nivel superior integra el inferior, desde el punto de vista funcional, la dinámica superior subordina la inferior.

Como ejemplo, Marcault y Brosse destacan lo que sucede en patología experimental. Cuando se interfieren ciertos centros nerviosos del animal surge la supresión de un centro, lo cual no sólo implica la abolición de su función, sino la exageración del centro inferior.

Esta subordinación no se limita a la expresión fisiológica del sistema nervioso, sino que quedan también subordinados los fenómenos psíquicos, afectivos y mentales.

Es así como una emoción incontrolada significa cierta pasividad de la corteza cerebral. Recuérdese que la actividad mental, analítica y racional, pasa por el lóbulo frontal y que el sistema límbico es el centro de la actividad afectiva (McLean, Olds).

Algo más podemos observar en el ser humano, dicen Marcault y Brosse: la existencia de un yo consciente a nivel superior al que, en estado de salud, todo se le subordina.

Según ellos la pasividad de este yo liberaría las actividades automáticas de la vida animal

favoreciendo los desórdenes fisiológicos, en tanto que la atención voluntaria de este yo constituye el factor esencial de la armonía psico-fisiológica; armonía tanto más eficaz cuanto más se mantiene al yo constante y enérgico.

Marcault y Brosse no se detienen en la actividad funcional de la conciencia humana, sino que además llaman la atención sobre su continuidad evolutiva.

La energía psíquica inicia su "psiquización" a partir de una célula única.

Según ellos tampoco en el cerebro, cumbre del reino animal, se inicia el contacto con la energía —llamémosla humana— pues el hombre, a través de su propia evolución, se remonta a los orígenes de la evolución animal para integrar lo humano en las etapas sucesivas. (T. de Chardin.)

Otra ley rige la actividad funcional humana, la ley de herencia. El niño es, además de peculiar y distinto de los demás, un ente social con la característica propia de cada generación, heredada a través del proceso filo-ontogénico que ha vivido su organismo psico-fisiológicamente.

La misión del adulto, en virtud de su función educativa, es incorporar al niño a su realidad de adulto, pero teniendo en cuenta que el niño significa un paso evolutivo.

Si bien es función de la docencia transmitir al educando el precioso legado de la cultura, la misión del educando no para ahí. A nivel energético debe incorporar lo nuevo que pueda haber en el conflicto con el medio. Así, la herencia conjugada con la variación asegura la continuidad del proceso; no de las formas cristalizadas que tuvieron su sentido y que han de desmoronarse y trascenderse ante la energía que ya no pueden encauzar, sino de otras que seguirán el mismo camino de cristalización y desmoronamiento.

No hay que detenerse en las consideraciones de Marcault y Brosse sobre metodología de la enseñanza; limitémonos a lo que es fundamento de los principios educativos, es decir, la actitud del educador.

#### *Nuestro punto de vista.*

Considerando lo expuesto en este libro, creemos poder añadir algo: la imagen en que se con-

vierte el hombre a través de la educación es la imagen de una semilla humana.

¿Qué es lo que esta afirmación implica?

Que el niño al nacer lo posee todo para llegar a SER. Dicho de otro modo, el niño es una realidad que ha de ir revelando sus poderes a medida que el mundo de la educación le ofrezca las posibilidades de incorporarlos a él. Lo que esta semilla humana requiere es la presencia de un tríptico vital, que podríamos definir conceptualmente como Respeto, Amor y Obra de Arte, conceptos que, comentados, son:

*Respeto para ser:* El niño ha vivido recapitulando todas las etapas de la vida y aunque llegue dormido a nuestros brazos se halla en condiciones de seguir el proceso que marca la filogenia. Esto permitirá al educador polarizar que *sea-vaya siendo*, hasta llegar a la etapa viril fijada, en individuos normales, alrededor de los veinte. El que se realice en libertinaje o capricho dependerá de otro concepto del tríptico: Amor.

*Amor:* Es inconcebible la educación si no existe el nexo o vínculo entre educando y educador que podría definirse como energía dialéc-

tica. ¿Qué implica esta definición? Que el primer contacto entre educador y educando ha de estar saturado de inculcación amorosa. Cuando el educador irradia amor hacia el educando despierta en él una corriente similar saturada de las energías que en el niño afloran y que el educador recibe conduciéndolas hacia lo más elevado que su categoría de educador pueda concebir. Así, el niño ES y su vitalidad, expresión o actividad es conducida hacia los valores más altos que brillan en la conducta de quien educa; si allí no brillan, se orientarán hacia un concepto ideal.

*Obra de Arte:* ¿Qué es lo que puede originar la necesidad para “ser” y el “amor” del educador? Una obra de arte. La educación ha de convertirse en obra de arte. Cuando el educador pulsa la necesidad de SER del niño y su vibración es armónica con la idea de libertad, la respuesta será el milagro de la educación; el niño surgirá como la mejor respuesta entre lo que nace, lo que pregunta, lo que busca para encontrar al final: *la vida creada* como una obra de arte.

*Ma. Sola de Sellarés*